



Año XLIX

Orihuela 1 de Marzo de 1932

Num. 1157

Fundador: D. ADOLFO CLAVARANA

¿Qué cosa es Fe?

"La fe es una virtud dada por Dios, mediante la cual creemos todas las cosas que Dios ha revelado y que la Iglesia nos propone para que las creamos."

En tiempo de cuaresma, lector, hay que pensar en el más allá.

Cuando tantas gentes piensan en las cosas de aquí abajo y se desviven por *enchufarse*, justo es que los católicos demos de mano a las pláticas mundanas y echemos una mirada a las cosas del alma, pues es menester ir preparando la felicidad del más allá.

¡Que susto se van a llevar muchos por no haberse preocupado más que de las cosas de aquí abajo!

Llegará la hora de Dios y les cojerá desprevenidos, sin un cable a la eternidad.

¿Tienes Fe? Pues avívala.

¿No la tienes? Pues adquiere-la. Pídesela a Dios. La Fe es una gracia de Dios.

Lee esa página que sigue, escrita por el admirable Clavarana.

Lee la otra de más adelante, escrita por el gran Sardá y Salvany.

Quisiera tener fe!

¡Quisiera tener fe! —decía un hombre cuya juventud habían agotado las pasiones con su fuego abrasador. — Quisiera tener fe, porque sin fe la vida es un enigma indescifrable, un tormento injustificado, una triste agonía en la que sólo halla nuestro espíritu una

verdad palpable: el sufrimiento. Sin fe no hay esperanza, y donde no hay esperanza, podrá haber verdaderos dolores, pero jamás habrá verdaderas alegrías.

¿De qué nos sirve coronarnos de flores, si sabemos que en plazo breve esas flores han de marchitarse? ¿De qué sirve llevar a los labios la copa de todos los placeres, si a través de su transparente cristal se están viendo en el fondo las haces de la amargura?

Vivir sin fe y sin esperanza, no es vivir.

Si a un ciego le dijese: goza un día de las bellezas del mundo para cegar de nuevo para siempre; si le dijese a un prisionero: goza un día de libertad para volver de nuevo a tus cadenas; si le dijese a un padre: acaricia a tus hijos hoy para perderlos mañana, ese ciego, ese prisionero, ese padre contestarían que ver un solo día no es ver, amar un día no es amar, y gozar un momento de libertad para perderla después es peor que no haberla conocido.

Del mismo modo puede decir el hombre sin fe y sin esperanza, que vivir breve tiempo no es vivir.

Pero la esperanza de otra vida sólo se ha hecho para los hombres de fe. ¡Bien hayan los que la tienen!

—¿Queréis tener fe? —le interrumpió un amigo. —Pues compradla.

El escéptico sonrió tristemente.

—Os burláis de mí. ¿Acaso la fe se compra?

—Indudablemente.

—Si eso fuera cierto, toda mi for-

tuna me parecería corta para adquirirla.

—Pues no necesitáis hacer el sacrificio de vuestra fortuna; no necesitáis gastar un solo céntimo: basta emplear un poco de voluntad.

—¡Vaya! me váis a decir que *crea*, cuando precisamente eso mismo es lo que yo pido.

—No voy a deciros que creáis, sino que pongáis los medios para conseguirlo. Permittedme una comparación. Un hombre pobre sabe que hay en cierto lugar un tesoro escondido; pero ignorando el camino para llegar a ese lugar, exclama lleno de tristeza: — ¡Quién pudiera hallar el tesoro! — Mas llega un amigo y le dice: — ¿Queréis hallarlo? Tomad tal senda, vadead tal río, pasad tal puente, subid luego a tal monte, y allá en lo alto cavad, y lo hallaréis. — Si ese hombre vuelve la espalda, y en vez de poner en práctica el consejo continúa exclamando como antes: ¡Quién pudiera hallar el tesoro!, ¿no diríais que era un solemne loco? Pues bien, yo os digo: ¿queréis tener fe? ¿Queréis poseer ese tesoro inapreciable que convierte lo amargo en dulce, lo áspero en suave y lo triste en alegre? Pues seguid el camino de la virtud, despojáos de todos los vicios, orad y confesad vuestras culpas, y no tardaréis mucho en hallar el tesoro que buscáis.

El que no tiene fe, es porque no pone los medios para alcanzarla. Si para poseer cualquiera cosa, por insignificante que sea, se necesita siempre hacer algo, siquiera sea alargar la mano

para tomarla, ¿cómo es posible que la fe, el más rico de todos los tesoros, pueda obtenerse con los brazos cruzados? Si para ver bien con los ojos del cuerpo es preciso limpiarlos, y si están enfermos, curarlos, ¿para ver con los ojos del alma no habrá necesidad de hacer lo mismo?

¿Quieres tener fe? Abandona tus vicios; arroja lejos de ti las lecturas que te envenenan; practica buenas obras; sigue el camino y la regla de vida trazada por Jesucristo; en suma, ¡ávate, cúrate, y yo te aseguro que hallarás una fe tan grande como puedas apetecerla.

A. Clavara

¿Qué me cuenta V. del otro mundo?

Que existe, amigo mío, que existe, y que si das en tomarlo acá como cosa de burlas, al fin te lo dirán un día allá con terribles veras. Ni más ni menos.

Escúchame bien, y luego... haz lo que quieras, porque al fin nadie hay más interesado que tú en la cuestión. Escúchame bien, y falla después.

Tienes alma; es decir, hay algo en tí que no es sangre, ni es carne, ni son nervios ni tendones; algo que te distingue del bruto animal; algo que sientes tú mismo vivir aquí dentro; algo que expresas cuando dices *yo pienso, yo quiero*, porque sabes que no piensas ni quieres con la mano, con el estómago o con el pulmón. Pues bien. Ese algo que hay en tí es distinto del cuerpo, no sólo en su origen, en su sustancia y en sus funciones, sino que lo es muy principalmente en su destino. El cuerpo ha nacido para morir, para ser devuelto a la tierra y convertirse otra vez en el polvo de que fué primitivamente formado, hasta el día de su resurrección; el alma ha sido formada para vivir eternamente. De consiguiente no todo muere en tí, no todo se corrompe en el sepulcro; algo queda sobreviviente, eterno, inmortal. Ese algo es el alma.

—Pero, ¿quién me responde, dirás, de la verdad de estos principios? ¿Quién os ha revelado a vos estas cosas, que cierto no se saben por el tes-

timonio de los sentidos? ¿Han venido acaso a contáros las del otro mundo, para estar tan cierto de que realmente le hay?

—Sí, amigo mío: excelentes testigos me responden de la verdad de esta doctrina, y son testigos de la mayor confianza, cuyo testimonio espero no rechazarás. ¿Cuáles son?

—En primer lugar todo el género humano. ¡Cuidado si es de cuenta el tal testigo! Pues, sí, señor, todo el género humano atestigua que hay otra vida además de la presente. Todos los pueblos, de todas las razas, de todos los siglos, todos, todos, sin habérselo dicho unos a otros, sin haber convenido entre sí, sin haber sido adoctrinados por neos ni ultramontanos, todos creen que en el hombre hay algo que no muere con él, sino que vive en otra región que tiene nombre conocido en cada idioma. Y muestran esta creencia todos los pueblos de todos los siglos, orando al cielo por sus difuntos, muchas veces invocándoles en sus necesidades, creyendo en sus apariciones, acercándose con respetuoso temor a sus sepulcros. Claro, nada de eso harían si no creyesen que algo queda aún vivo de aquel hombre cuyo cuerpo muerto y corrompido no les puede inspirar sino asco y horror. Este es un hecho fuera de toda discusión y registrado en los anales del género humano.

Ahora bien. ¿De dónde ha sacado estas noticias el género humano? Lo que es inventado por un hombre es vario y no presenta esa rara uniformidad. Lo que es inventado por un hombre no es universal, constante, idéntico en todos los siglos y en todos los pueblos. Luego la creencia en la otra vida no ha sido inventada por un hombre, sino hallada por todos los hombres en el fondo de su propio corazón; les ha sido enseñada, digámoslo así, por su misma naturaleza; la han encontrado ya establecida en el mundo desde los días del primer padre; la han heredado con el restante patrimonio de tradiciones primitivas comunicadas por Adán a sus descendientes; la han aprendido, finalmente, del mismo Dios.

¡A ver, pues, ahora quién es el

guapo que se atreverá a sostener que él o unas cuantas docenas como él tienen razón contra todo el género humano que piensa y cree lo contrario que ellos! En cualquier otra cuestión, ¿de quién te fiarías más: de todos los hombres de todos los pueblos y de todos los siglos que dicen *sí*, o de unos cuantos caballeros particulares que, por razones que todos sabemos muy bien, dicen *no*? Responda aquí el buen sentido franco e imparcial.

No es sólo el género humano entero quien está de acuerdo con la Religión revelada sobre este punto, como sobre todos. Si cada uno se recoge unos momentos en su interior, no tardará en oír la voz de su espíritu mismo, que le proclama esta su propia inmoralidad. Meditemos un momento, amigo mío, y escuchemos esta voz.

¿Qué es el hombre? Es el rey de la creación, la criatura más noble de la tierra, un mundo en compendio, una como abreviatura de todas las grandezas que en los demás seres admiramos. De esto estamos todos convencidos, nos lo enseña la filosofía, nos lo dicta el sentimiento de la propia dignidad, y cierto no se equivoca. Contemplo los más hermosos paisajes iluminados por torrentes de luz durante el día, o rodeados de misteriosas sombras por la noche, y digo al punto: "Soy más que vosotros, porque estáis bajo mi dominio y jurisdicción." Visito los grandes monumentos, pasmo de los siglos y gloria de las artes; las Pirámides, por ejemplo, el Partenon, el Louvre, el Escorial, y no me siento humillado, antes digo: "Soy más que vosotros, porque al fin sois obra de mis manos." Leo las grandes obras del ingenio humano, la *Ilíada*, la *Eneida*, los cantos del Tasso, las páginas admirables de Fr. Luis de León o de Chateaubriand, y cierro el libro y exclamo: "Sois grandes, pero es más grande el hombre, porque sois hijas del hombre." Y así discurrendo por todo lo más bello y sublime que ofrecen la naturaleza, el arte y la historia, me encuentro siempre por encima de todo; todo está bajo mis pies, todo es menos que yo, individuo de la familia humana.

Pues bien. Esto que me dicta la sa-

na filosofía, esto que me inspira el conocimiento de mi propia dignidad, esto es mentira, grosera y miserable mentira, si el hombre concluye toda su existencia en el sepulcro, sin esperanzas de vivir más allá. Si el hombre no tiene más que los cincuenta u ochenta años de existencia que se le ve sobre la tierra, no es el rey de la creación, no es el señor de la naturaleza, del arte y de la historia; es el ser más miserable, es un paria vil, de quien todos los demás seres tienen derecho a burlarse; todo es superior a él.

Y así cuando ha dicho un poeta:

Gusano, tú que sucio y asqueroso te arrastras por el polvo nada más, — ¿quién diría que hambriento y anheloso mi cuerpo roerás!

Esta frente que tanto ha meditado, este pecho que abriga tanto amor, ¿formarán tu banquete delicado, gusano roedor!

el tal poeta ha dicho muy bien, si el hombre con todo su saber y su grandeza de afectos y aspiraciones no es más que un pedruzco de carne sucia que se da a roer a los gusanos en la sepultura, sin otro ideal a que aspirar, ni otra vida superior en pos de la presente, sin otro porvenir que la corrupción de la fosa. Aquel gusano que roe sus miembros podridos, aquel mismo arbusto que crece lozano a expensas del cuerpo que le sirve de abono, a pesar de que no han pensado jamás como yo ni han amado como yo, ni han sentido lo que yo, superiores a mí serían, si no hubiese en mí un ser más noble que no debe servirles de pasto al insecto y de abono a la planta: el espíritu, el alma inmortal.

Me he hecho mil veces esta reflexión, y siempre hallé en ella una prueba decisiva de la inmortalidad de mi alma, aparte de las más seguras que me tiene dadas la fe. He visitado antiguos monumentos, al pie de los cuales han pasado muchas generaciones, y pasarán tal vez otras muchas más. Y me he dicho: «Estos pedruscos informes o labrados están aquí seis u ocho siglos há; yo estoy aquí aún no hace cuarenta años. Dentro otros cuarenta habráse acabado acá mi existencia, y ellos seguirán llamando la atención tal vez durante muchos siglos.

Decididamente si no he de tener más vida que la que se tiene en este mundo, estos muros agrietados valen mucho más que yo.» Y me inspira iguales consideraciones un árbol dos o tres veces secular, una peña histórica, las montañas que cierran tantos siglos há con la misma configuración el horizonte de mi patria, y que seguirán presentando iguales líneas aún muchos siglos después que mi cuerpo yazga confundido con los demás en el cementerio. Todo me repite lo mismo: todo me dice que soy el más infeliz, si he de contentarme con haber abierto hace treinta años los ojos a la luz de este mundo y volverlos a cerrar dentro otros treinta, o poco más, sin esperanza de otro porvenir. Con la añadidura de que si yo no conociese esta misma brevedad de mi existencia, si no me hallase en estado de compararla con la longevidad y casi perpetuidad de lo que me rodea, consolárame más fácilmente, o fuérame por lo menos no tan sensible la desproporción. Pero no, para mayor tormento, sé lo que valgo, sé lo que soy, siento en mí ansias inefables de vivir eternamente; por eso procuro dejar en todas partes la huella de mis pies y la señal de mis manos, a fin de lograr siquiera para mí nombre esa perpetuidad que es mi constante ideal, y no obstante... nada soy en comparación de esta piedra muda que ha presenciado los sucesos de veinte siglos, o de este árbol centenario que dará sombra todavía a muchas generaciones, o de aquellas páginas inspiradas que han arrebatado a tantos lectores. Nada soy si debo contentarme con lo de acá; nada soy si esto es tan sólo mi patrimonio; nada soy, y valiérame mil veces más no haber nacido, o poner ahora mismo prematuro fin a mi existencia. Y, no obstante, soy algo... no me resigno a ser el paria de la creación, no me conformo con menos que con ser rey de ella llevo de eso escritos los títulos en mi frente pensadora, y la creencia arraigada en el fondo de mi corazón. Luego hay algo en mí que vive y dura y reina más que todo eso. ¡Luego, por más que se pudra mi cuerpo, mi espíritu es inmortal!

No sé si te has hecho jamás, amigo lector, esta clase de reflexiones; pero

te convidó a hacerlas a la vista de cualquier objeto que represente para tí mucha antigüedad, a ver si tu espíritu no se te subleva inmediatamente contra la idea de haber empezado a ser y tener que dejar de ser *completamente* en el corto período de ochenta o noventa años que abraza la vida más dilatada. De fijo encontrarás algo dentro de tí que protesta contra esa idea; este algo es lo mismo que ha sentido todo el género humano al afirmar la existencia de una otra vida; este algo es lo mismo que te enseña la Religión y los Curas y el Catecismo cuando te hablan de la inmortalidad del alma. Y de fijo exclamarás luego con el acento de la más firme convicción: «¡Sí, el cuerpo muere; pero el alma es inmortal! Esta vida acaba con la muerte; pero es para empezar otra vida después.»

Exclamarás, digo, todo esto; pero se entiende siempre con una condición; es decir, si no tienes interés en ahogar este espontáneo impulso de tu espíritu, para acallar en algún modo el miedo a la eternidad. Algunos hombres tienen una gran razón para negar que el alma sea inmortal y que haya otra vida. Tienen la gran razón de que les molestan estas verdades. La otra vida, con su juicio inexorable, con sus recompensas y castigos (de que hablaremos otro día), con su incierto desenlace, es un porvenir aterrador para quien no desea pensar más que en los placeres, negocios y vanidades de la presente. La otra vida les hace la misma gracia al impío y libertino, que la cárcel pública al tramposo y ladrón, que saben que allí se suelen arreglar las cuentas a los de su calaña. ¡Cosa rara, aunque de fácil explicación! ¡Nunca se le ocurre a uno dudar de la otra vida hasta que empieza a parecerle conveniente que no la haya! Es hecho probado. Amando a Dios cumpliendo todos los deberes para con El y con el prójimo, guardando vida limpia y honesta, no poseyendo más que lo legítimamente adquirido, nunca le acude a cualquiera sospechas de si puede o no puede engañarse creyendo en la otra vida, ni se embanca la Religión, ni si mienten para su provecho los Curas. Empero, supón que estás en un trato deshonesto, que posees bienes

que no son tuyos, que no procedes en tus negocios con la delicadeza que deberas, ¡oh! entonces no hay autoridad que te haga fuerza, ni argumento que te persuada. ¡La otra vida! exclamarás; ¡cuentos de viejas! ¡negocios de Curas! ¡quién ha vuelto de allá? En fin, ¡quién sabe lo que sobre esto hay de positivo? Y como los niños se creen libres del espantajo que les da miedo con sólo cerrar los ojos, o cubrirselos con ambas manos para no verlo, así el infeliz vicioso cree realmente suprimida para sí la eternidad, cuando con una de las acostumbradas bufonadas ha logrado hacer ver que no cree en ella. ¡Pobres incrédulos! Ruega tú por ellos, amigo mío, y haz la caridad al que por ventura tratares de repetirle las breves indicaciones que para ese fin he procurado poner a tu alcance. ¡Hay Dios, sí, amigo mío! ¡Hay alma! ¡Hay eternidad!

CASOS Y COSAS

El diablo es la simia de Dios.

Ahora a los impíos de peor laya, bárbaros e ignorantes, les ha dado por hacer mascaradas religiosas.

Se visten de sacerdotes, representan procesiones o administración de sacramentos y simulan la predicación sagrada.

Es decir, se visten de monas y hacen visajes infernales.

Se conoce que el anticlericalismo tiende a representarse en el reino animal; monas, javalies etc. ¡Que siga para honor de estos tiempos!

La retirada de imágenes de los centros oficiales, sigue a la orden del día.

Ahora le ha tocado a la Virgen del Pilar salir del Ayuntamiento de Zaragoza.

La Pilarica, unida a la historia de España, y sobre todo a la historia de Aragón ha sido retirada de las Casas Consistoriales, al cabo de siglos de haber recibido allí honor y haber sido respetada por los anticlericales de otros tiempos.

Es que hemos avanzado mucho, como los cangrejos...

Es que vamos a crear una nueva historia de España.

Sin duda, la segunda Era mahometana.

Para la enseñanza el laicismo; para la familia el divorcio; para la muerte el cementerio civil...

¡Que nos van a dejar?

¡Todos los españoles debemos ser iguales!

¡Sí!

Pues a los laicos que los dejen ser laicos; pero a los cristianos que nos dejen ser cristianos; vivir como cristianos; enseñarse como cristianos y ser enterrados como cristianos, no en la forma y modo como nos quieran imponer, sino en el modo y forma que ha sido y es nuestra doctrina, nuestra fe y nuestra voluntad.

¡Católicos. Leed!

Os importa ahora, más que nunca, conocer las leyes de la nación.

Inspiradas muchas de ellas en sentido contrario a vuestras convicciones, pudieran fácilmente ocurrir, en determinadas ocasiones, que fuérais arrastrados a cosas a las que en manera alguna quisiérais llegar.

¿Conocéis, por ejemplo, el artículo cuarto de la Ley de secularización de cementerios? ¿Sabéis que, contra vuestros propios sentimientos, vuestro cadáver puede ser enterrado en tierra no bendecida?

Leed, toma! nota y propagad:

Art. 4.º El enterramiento no tendrá carácter religioso alguno para los que hubieren cumplido la edad de veinte años, a no ser que hubieren dispuesto lo contrario de manera expresa.

Estáis, pues, en el deber de preveniros. ¡Cómo? Suscribiendo inmediatamente un documento que diga poco más o menos:

Yo, Fulano de Tal, manifiesto de un modo expreso que quiero morir como buen católico; que a mi cadáver se de sepultura en tierra sagrada, con todas las ceremonias, ritos y bendiciones de la Santa Madre Iglesia Católica; y que sobre mi sepultura, y bendecida por un ministro del Señor, se coloque la Santa Cruz.

Y firmad. Y, si queréis, que firmen con vosotros dos testigos. Y, a ser posible, legalizad las firmas ante notario. Y, aun para mayor seguridad de que vuestra voluntad será respetada, redactad el documento por triplicado; uno, para guardarlo en vuestra casa; otro, para enviarlo a la Iglesia, a fin de que ésta pueda exigir el cumplimiento de vuestro deseo; y otro, para llevarlo siempre con vosotros, en previsión de una muerte repentina.

Desde luego, es esta una cláusula que debe iniciar el testamento de todo católico.

Tomad nota de todo ello y hacedlo hoy mismo.

Es vuestro deber. ¡Un deber inexcusable!

Chicharrones láicos
de D. Adolfo Clavarana
en hojas sueltas a 10 pesetas millar.

OBRAS

DE

D. Adolfo Clavarana

EDICION COMPLETA

NUEVAMENTE ILUSTRADA

Estas obras impresas en tomos de 200 páginas cada uno, en papel Vergé, tamaño 8. prolongado, con bonitos y elegantes tipos, magníficos grabados y el retrato del autor, se hallan de venta en las principales librerías al precio de 1'75 pesetas el tomo, franco de porte en toda España.

No se responde de los paquetes no certificados—A los señores libreros condiciones especiales.

Los pedidos, acompañados de su importe, a la Administración de LA LECTURA POPULAR Bellot. 3—Orihuela.

La Lectura Popular

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa presentándose bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Cada acción da derecho a recibir cien ejemplares de cada número o sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. o manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos fábricas, escuelas establecimientos y otros centros.

Precio de suscripción directa

| | | |
|-----------------|------|--------------------|
| Una acción..... | 4 | pesetas mensuales. |
| Media id..... | 2 | » |
| Un cuarto id.. | 1 | » |
| Un octavo id.. | 0'50 | » |

Dirigir la correspondencia a Don Diego Castaño, administrador de La Lectura Popular, Bellot 3, Orihuela, (Alicante).